

comprenda toda la naturaleza como una simple colección de apariencias fenomenales en el fondo de un yo cuya substancia se desconoce; pero desde el punto de vista psicológico es muy posible que los dos aspectos de la ciencia, que aparecen armoniosamente reunidos en el kantismo, hayan sido comprendidos con claridad por Descartes cada uno por sí, por contradictorios que parezcan uno y otro cuando están repasados, y los haya afirmado con tanta más fuerza cuanto que se veía precisado á reunirlos con el lazo artificial de aserciones peligrosas; por lo demás, Descartes no concedió gran valor en un principio á toda su teoría metafísica á la cual va hoy unido su nombre, mientras que consideraba como cosa de la mayor importancia sus investigaciones relativas al conocimiento de la naturaleza, de las matemáticas y de la aplicación de su teoría mecánica á la universalidad de los fenómenos naturales (39); pero como su demostración de la inmortalidad del alma y de la existencia de Dios fué tan bien acogida por sus contemporáneos, á quienes preocupaba el escepticismo, Descartes se dejó llevar sin pena por el deseo de pasar por un gran metafísico y, desde entonces, desarrolló esta parte de su doctrina con una predilección creciente; ignoramos si su primer sistema del mundo se acercaría más al materialismo que su posterior doctrina, pero se sabe que por su temor al clero refundió por completo la obra que se disponía á publicar, como es cierto que contrariando sus propias convicciones, que se aproximaban más á la verdad, suprimió la teoría del movimiento rotatorio de la tierra (40).

TERCERA PARTE

EL MATERIALISMO DEL SIGLO XVII

CAPÍTULO PRIMERO

Gassendi.

Gassendi renovador del epicurismo.—Preferencia dada á este sistema como el mejor adaptado á las necesidades de la época, particularmente desde el punto de vista del estudio de la naturaleza.—Conciliación con la teología.—Juventud de Gassendi; sus *Exercitationes paradoxice*.—Su carácter.—Polémica contra Descartes.—Su doctrina.—Su muerte.—Su papel en la reforma de la física y de la filosofía natural.

Atribuyendo á Gassendi la renovación de un concepto completo del mundo, según los principios del materialismo, hemos de justificar la importancia que le concedemos.

Ante todo, haremos observar que Gassendi ha renovado el sistema materialista más perfecto de la antigüedad, el de Epicuro, transformándole según las ideas del siglo XVII, aunque precisamente sea en esta circunstancia en lo que se apoyen para no considerar á Gassendi como un renovador de la filosofía al estilo de Bacon y Descartes y para apreciarle meramente como el continuador de aquel período en el cual se hicieron esfuerzos impotentes para reproducir los sistemas clásicos de la antigüedad (1), desconociendo, al juzgar así, la diferencia esencial que existe entre el sistema de Epicuro y los otros sistemas de la antigüedad con relación á la época en que vivió Gas-

sendi. En tanto que la filosofía dominante de Aristóteles, por antipática que hubiese sido á los Padres de la Iglesia, se fundió casi con el cristianismo durante la Edad Media, Epicuro personificaba el paganismo expirante así como la oposición directa contra Aristóteles; si se añaden las calumnias innumerables que la tradición había acumulado alrededor del nombre de Epicuro, y de las cuales, muy someramente, filósofos perspicaces señalaron la exageración sin lograr que desapareciesen, se habrá de considerar la rehabilitación de Epicuro y la tentativa de restaurar su filosofía como un acto que, aunque no fuera más que por su aspecto negativo y por su sistemática oposición contra Aristóteles, merecía ser colocado entre las más originales empresas de aquel tiempo; pero esta reflexión no es suficiente todavía para comprender la importancia de la obra de Gassendi. No fué por casualidad ni por espíritu de oposición por lo que Gassendi se ocupó de la filosofía y de la persona de Epicuro, sino estudiando la naturaleza en su calidad de físico y de empírico. Ya Bacon, luchando contra Aristóteles, había designado á Demócrito como el filósofo más grande de la antigüedad; y Gassendi, versado en la historia y en la filología, después de haber estudiado todos los sistemas filosóficos de la antigüedad, eligió entre todos ellos, con juicio seguro, aquel que respondía por completo á las tendencias empíricas de su época; el atomismo, tomado de la antigüedad de este modo, adquiere una importancia durable á pesar de las transformaciones sucesivas que sufre por los sabios en las edades que siguieron.

Se ha vacilado en erigir como padre del materialismo moderno al prior de Digne, al sacerdote ortodoxo, al católico Gassendi; pero el materialismo, no obstante de sus afinidades con el ateísmo, no está necesariamente asociado á este último, y así vemos á Epicuro haciendo sacrificios á los dioses; gracias á una larga práctica, los sabios del siglo xvii adquirieron una habilidad maravillosa en

sostener las más excelentes relaciones con la teología; así, Descartes, explicando por sus corpúsculos la formación del mundo, comenzaba por declarar que era incuestionable que Dios había creado el universo de una sola vez, pero que existía gran interés en examinar cómo el mundo hubiera podido formarse por un desenvolvimiento sucesivo, aunque nos conste perfectamente que no hay nada de esto; una vez metidos en la teoría física, no se ve ya, por donde quiera que se mire, más que esta hipótesis cosmogónica que está completamente conforme con los hechos y no deja que desear cosa alguna; la creación divina se convierte desde entonces en una vana fórmula de respeto; lo mismo ocurre con el movimiento: después de haber reconocido á Dios como la causa primera, el sabio no vuelve á preocuparse ya de semejante opinión; el principio de la conservación de la energía por la transmisión continua del impulso mecánico, aunque nada teológico en el fondo, reviste también una fórmula teológica; el prior Gassendi procede del mismo modo. Mersenne, otro teólogo naturalista á la vez que sabio hebraizante, publicó acerca del Génesis un comentario en el cual refutaba todas las objeciones ateas y naturalistas, pero de tal modo, que muchos lectores arrugaban el entrecejo porque el comentador parecía estar más atento á reunir las que á refutarlas; Mersenne, amigo de Gassendi y de Descartes, trató de conciliar las doctrinas de ambos; también era amigo del inglés Hobbes; este último, gran partidario del rey y del clero anglicano, no fué menos considerado como jefe y padre de los ateos.

Es interesante ver á Gassendi, para justificar su actitud equívoca, apoyarse, no en los jesuitas, aunque también pudo hacerlo, sino en el ejemplo de Epicuro. En la biografía que escribió del filósofo griego, se encuentra una disertación prolija que puede resumirse en las siguientes frases: interiormente Epicuro podía pensar lo que quisiera, pero exteriormente tenía que someterse á

las leyes de su país. Hobbes formuló este principio de una manera más enérgica todavía: el Estado tiene un poder absoluto en lo concerniente al culto; el individuo no debe manifestar su opinión, pero puede guardarla interiormente, porque nuestros pensamientos no están sometidos á la voluntad de otro, ni tampoco se puede forzar á nadie para que crea (3). Rehabilitando á Epicuro y restaurando su doctrina, Gassendi no podía permitirse muchas libertades; su prólogo á la biografía de Epicuro deja entrever bastante que le parecía más temerario confesarse epicúreo que dar á luz una cosmogonía nueva (4); sin embargo, su justificación carece de profundidad, distinguiéndose por una dialéctica hábil, pero superficial, táctica con la que se queda mejor con la Iglesia que cuando se trata de conciliar de un modo original y científico las doctrinas de esta última con elementos extraños y aun hostiles.

Si Epicuro era pagano, Aristóteles también lo era, y Epicuro tuvo razón combatiendo la superstición y aun á la religión misma, porque desconoció la religión verdadera; enseñando que los dioses no castigan ni recompensan, y adorándoles á causa de su perfección únicamente, manifestaba una veneración infantil, pero no ramera, y, por consecuencia, una piedad más pura y más semejante á la de los cristianos; los errores de Epicuro deben evitarse cuidadosamente, y Gassendi lo hace en ese estilo cartesiano que ya conocemos con motivo de las teorías de la creación y el movimiento; pero despliega el celo más sincero para reivindicar y favorecer á Epicuro con preferencia á todos los demás filósofos de la antigüedad por la gran pureza de sus costumbres; no se nos discutirá, pues, el derecho de considerar á Gassendi como verdadero renovador del materialismo, tanto más, cuanto que su influencia fué muy considerable en las generaciones que le siguieron.

Pedro Gassendi nació en 1592 en los alrededores de

Digne (Provenza), y era hijo de unos campesinos pobres; de inteligencia precoz, felizmente cultivada, á los diez y seis años era profesor de retórica y á los diez y nueve profesor de filosofía en Aix; en esta época escribió un libro que indica claramente sus tendencias *Exercitationes paradoxicae adversus aristoteleos*, obra llena de savia juvenil y que es un ataque de los más vivos y arrogantes contra la filosofía de Aristóteles; una parte de este escrito fué impreso primero en 1624, y después en 1645, á instancias de sus amigos, Gassendi quemó cinco partes más, y el sabio consejero del Parlamento, Peirese, hizo que le nombrasen canónigo y de allí á poco prior en Digne. Estas posiciones, que recorrió rápidamente, le obligaron á dedicarse á los más varios estudios; como profesor de retórica hubo de enseñar filología, y es probable que su predilección por Epicuro naciese entonces de la lectura de Lucrecio que desde mucho tiempo atrás era muy estimado por los filólogos; en 1628, Gassendi se encontró en los Países Bajos con Eryceus Puteanus (Dupuy Henri) filólogo de Luvena, quien le regaló un camafeo de gran valor que representaba á Epicuro (5).

Las *Exercitationes paradoxicae* debió ser en realidad un libro de una audacia extraordinaria y de una gran sagacidad, y creemos que hubo de ejercer bastante influjo en los sabios franceses, pues los amigos que aconsejaron á su autor quemar las cinco partes restantes, conservaron el recuerdo de su contenido; se concibe, además, que Gassendi sólo consultó á personas cuyas ideas eran semejantes á las suyas, hombres capaces de comprender y apreciar su obra y de conjurar los peligros á que pudiera exponerle; más de un incendio parecido á este prendió y se propagó en secreto y, después de haber permanecido oculto bajo la ceniza, se manifestó súbitamente en otro punto distante. Por fortuna, de las partes destruidas del libro de Gassendi, se ha conservado un sumario por el cual sabemos que en el libro cuarto

exponía el sistema de Copérnico, así como la teoría de la inmensidad del mundo tomada de Lucrecio por Jordano Bruno; como este mismo libro tenía un ataque contra los elementos de Aristóteles, conjeturamos que en él defendería el atomismo, que era lo opuesto de las ideas peripatéticas; además, en el libro séptimo había un elogio de la moral epicúrea.

Gassendi era una de esas naturalezas felices á las cuales se las suele permitir y perdonar lo que en otros no se tolera; el desarrollo precoz de su inteligencia no le hastió, como á Pascal, prematuramente de la ciencia, haciéndole caer en la melancolía; bondadoso y alegre, era bien acogido en todas partes, y, á pesar de la modestia de sus maneras, cedía fácilmente á su inagotable verbo humorístico cuando se hallaba entre amigos; se divertía, sobre todo, á costa de la medicina rutinaria, que se vengó de él harto cruelmente; sin embargo, no carecía de cierta gravedad su carácter; es digno de observar que entre los escritores que le apasionaron en su juventud y le libraron de Aristóteles, al que nombra en primer término no es al espiritual burlón Montaigne sino al piadoso escéptico Charrón y al grave Luis Vives que tenían una lógica severa en la austeridad de los juicios morales.

Lo mismo que Descartes, Gassendi hubo también de renunciar á «sus ideas personales» en la exposición de su concepto del mundo, como tampoco traspasó los límites de las doctrinas de la Iglesia; mientras Descartes hacía de la necesidad virtud y rodeaba el materialismo de su filosofía natural con el amplio ropaje de un idealismo deslumbrante por su novedad, Gassendi permaneció esencialmente materialista y contemplaba con señalado disgusto las mentiras de los que en otro tiempo habían profesado las mismas opiniones que él; en Descartes lo importante es el matemático, y en Gassendi el físico; el primero, como Platón y Pitágoras en la antigüedad, se dejó llevar por las matemáticas hasta el punto de ir con sus conclusiones

más allá de toda experiencia posible; el segundo se mantuvo en el empirismo y, tanto cuanto el dogma religioso lo consintió y no se lo impuso, jamás traspasó los límites de una especulación cuyas teorías más audaces están aún conformes con las suministradas por la experiencia; Descartes erigió un sistema que divide violentamente el pensamiento y la intuición de los sentidos, y que por lo mismo abre camino á las más temerarias aserciones, y Gassendi sostuvo la inquebrantable unidad del pensamiento y la intuición.

En 1643 publicó sus *Disquisitiones anticartesianae*, obra considerada como el modelo de una polémica tan fina y cortés como sólida é ingeniosa. Descartes había comenzado por dudar de todo, hasta de la verdad de los datos sensibles, y Gassendi demuestra que es en absoluto imposible hacer abstracción hasta el fin de cada dato sensible, y que, por lo tanto, el *cogito ergo sum* no es en modo alguno la verdad sublime y primera de donde se deducen todas las demás. Y de hecho esa duda cartesiana, de la cual uno se promete un magnífico porvenir *semel in vita* para desembarazar al alma de todas las preocupaciones de que está imbuída desde la infancia, no es más que un juego frívolo de ideas vanas; en un acto psíquico concreto nunca puede separarse el pensamiento de los datos sensibles; pero del mismo modo que calculamos con simples fórmulas, como por ejemplo, $\sqrt{-1}$, sin podernos representar esa cantidad, así tenemos el perfecto derecho de considerar el sujeto que duda, y aun el acto mismo de la duda, como iguales á cero; nada ganaremos con ello, pero tampoco perderemos nada si no es el tiempo empleado en semejantes especulaciones. La más célebre objeción de Gassendi: se puede deducir la existencia de todo acto tan bien como el acto de pensar, se presenta tan naturalmente que se ha repetido á menudo sin conocer á Gassendi y, con no menos frecuencia, se le ha declarado superficial é ininteligible.